

LA RECONCILIACIÓN desde abajo*

Por: *James Alison***

Resumen

El artículo aborda el tema de la reconciliación basada en la lógica de la estrategia a la luz de preceptos religiosos. Llama a la reconciliación apoyada en una actitud heroica y espiritual de quien se reconcilia, superando el aniquilamiento personal, viendo bajo una óptica de integración el desarrollo de dicho proceso. En consecuencia ubica la reconciliación misma como un proceso y llama a mantener el diálogo esencial en la perspectiva de soluciones dinámicas.

Palabras Claves

Reconciliación, perdón, poder, identidad.

Abstract

Reconciliation from a religious point of view calls for a heroic and spiritual attitude to overcome personal annihilation. This process is essential to reach dynamic solutions.

Key Words

Reconciliation, Indulgence, Power, Identity

Artículo:

Recibido, 16 de noviembre de 2006; aprobado, 28 de febrero de 2007

**Perfil

James Alison nació en Inglaterra en 1959. Es teólogo con estudios de posgrado en las universidades de Blackfriars y Oxford; es doctor en teología de la Universidad de Bello Horizonte Brazil. Es miembro del Coloquio sobre Violencia y Religión.

** Il seminario internacional sobre Noviolencia Bogotá, octubre de 2005.

En primer lugar les quiero agradecer que me hayan invitado a participar con Uds. de estos días de reflexión. Me hacen mucho honor, pues mientras conflictos muy serios los hay por todas partes del mundo, y exigencias de heroísmo no faltan, se da el caso de que yo vivo en un lugar comparativamente seguro y cualesquiera conflictos que yo tenga que enfrentar son gatos mansos en comparación de los que son el pan vuestro de cada día. De modo que sería una falta asombrosa de respeto de mi parte hablarles en los tonos de "quien sabe". Al lado de Uds. y de las decisiones, las obligaciones, los retos, las presiones y las tensiones dentro de las cuales se encuentran inmersos y que trituran sus corazones, llevándolos a una urgencia y una pulcritud de esperanza que siempre, en mis visitas a vuestro país, me han dejado con vergüenza; al lado de esto, digo, el que les habla se siente un peso ligero.

Pero tal vez un poco de ligereza no vendría mal. Es muy arriesgado que el que no convive con la seriedad de las instancias concretas de la búsqueda de reconciliación intente introducir elementos más livianos dentro del ámbito de la discusión, pues del donaire que hace más llevadero y transforma el pesar, a la jocosidad vacía que no es sino máscara de la desesperación, no es grande la distancia. Sin embargo, quisiera dedicarme en el espacio que me ofrecen, a socavar la seriedad de la reconciliación. Y esto se debe a un temor mío, temor de que la necesaria seriedad de las búsquedas ética y política terminen por acabar con la extraordinaria sensación de estar con suerte, de haber caído, muy a pesar nuestro, en algo ridículamente afortunado. O sea, quisiera sugerir que toda tentativa de buscar la reconciliación en base a estrategias filosóficas y políticas quedará corta si no se emprende a partir de aquella sensación de buena suerte, de haber sido encontrado, de estar comenzando a disfrutar de una aventura donde se está seguro y nadando espaciosamente, sensación que nos acaece esporádicamente y que justamente tildamos de graciosa, pues es la experiencia de la gracia.

En primer lugar quisiera señalar que me parece que en un primer nivel socio-político el empeñarnos en la reconciliación es una

sandez, un adefesio. Pues lo que queremos es ganar. Lo típico en nuestro mundo es que la reconciliación sí ocupa un cierto lugar, un lugar de plan B. El plan A es sencillo: aplastar a los demás y conseguir lo que queremos, arrasando de ser posible. El único lugar que tienen los otros en semejante visión es el de derrotados que nos miran con envidia y desprecio. Y aquellas miradas serán joyas deliciosas engastadas en nuestra corona de victoria. En el caso de que por alguno u otro motivo no haya tal desequilibrio de fuerzas como para que ganemos de una vez, a lo mejor hay que temporizar y buscar por ahora una reconciliación conveniente con alguna de las fuerzas en juego, uniéndonos con ella, y suspendiendo algunos elementos de lo que queremos, entendiendo que el aliado hará lo mismo, para juntos atacar a otros. Este es el plan B, considerado mejor que el plan C, que es el de ser derrotados son más, y esto ni lo contemplamos. Pero los que participan del plan B saben muy bien que el aliado temporal no es sino eso. Se sabe muy bien que tiene sus intereses y sus metas, que nos los ha cambiado, sino nada más los ha contraído, como un tigre sus uñas, y que, en el momento en que se da otro equilibrio de fuerzas habrá que regocijar todo. Y se sospecha también que el blanco del ataque de los aliados no es necesariamente el blanco preferido de ninguno de los dos, sino un blanco conveniente. Pero mejor él que nosotros.

De modo que la reconciliación es, en el mundo normal, el juego de los perdedores, y únicamente se entra en ella por fuerza mayor. Los dos hermanos que pelean típicamente hacen las paces sólo si el papá los obliga por un chantaje de que si no se reconcilian, peor les irá.

Ahora, a mí se me hace que es muy, muy importante no perder de vista el que la primera emoción, el primer deseo, que

típicamente tenemos en este campo es el de ganar. Y que el ganar típicamente requiere de perdedores, y que toda la terminología de reconciliación típicamente parte de los perdedores, pues si pudieran ganar, no estarían buscando la reconciliación. La razón de no querer perder esto es que si insistimos en la reconciliación sin haber trabajado sus connotaciones de perdedores y lo que significan estas connotaciones para nuestro deseo y nuestra auto-estima, es posible que terminemos cayendo en una mojigatería de querer pintar con baño de oro algo que sabemos que no es más que barro, o peor, y suplimos aquella sensación de insuficiencia castrada con una energía de seriedad moral. Como si esto pudiera satisfacernos de la misma manera que una bella y completa victoria.

De modo que lo que propongo es intentar recuperar con Uds. algo de lo afortunado que resulta, de lo azaroso y absurdamente dependiente de una buena suerte, el que tengamos la posibilidad de encontrar que aquella primera emoción, aquel primer deseo, el de ganar, nos sea devuelto como algo que es capaz de avistar un blanco de una victoria mucho más bella y completa. Y al decir que es afortunado, que es azaroso y absurdamente dependiente de la suerte estoy diciendo que es algo para lo cual ninguna cualidad de cálculos políticos, y ningún grado de sofisticación y seriedad ética podría habernos preparado.

Propongo trazar con Uds. el sendero hacia recuperar esta sensación de suerte, de dicha, y tiene que ser un sendero hacia atrás para que recuperemos también algunas de las sensaciones que acompañaban la llegada de esta dicha. Y esto lo hago porque es en la medida en que nos descubrimos inmersos en aquel proceso que vamos a poder entender la palabra "reconciliación" no como plan B, no como medalla de plata, sino como las más

auténticas niñas de los ojos.

Curiosamente, el primer paso hacia atrás es el de recordarnos que estábamos todos inmersos en la pelea, todas las razas, todas las culturas, con ganadores, perdedores y toda la panoplia de cantar y pintar las virtudes correspondientes a la victoria, y que no había otra melodía sino diferentes orquestaciones de la misma melodía "Victoria o muerte", triunfo o esclavitud, honor o vergüenza. Y mientras estábamos en esto, todos, hubo algo así como un toque a la puerta.

Por supuesto, estábamos tan involucrados en lo nuestro que ni prestamos atención al toque a la puerta. Algunos de los más osados buscaban integrar el sonido del toque a la puerta en su propia música marcial, combinando su sonido con los tambores de la guerra, haciendo de ello más una herramienta útil en el típico juego de todos contra todos por el cual nos deleitábamos, nos hacíamos sentir grandiosos y sufríamos con sentido y adorno. Pero el toque a la puerta no tenía ni el ritmo ni la fuerza ni las vibraciones profundas de las músicas de cuya fuerza nos embriagábamos. De modo que no le pusimos mucha atención.

Eventualmente, la puerta se abrió un poquitín, y los que se daban el lujo de prestar atención la miraban como para ver si iba a entrar algún dios esplendoroso, fuerte, más fuerte que nosotros, y por supuesto mirábamos hacia lo alto de la puerta para ver la llegada del que sería el máximo guerrero, el que por fin iba a poner orden, indicar quiénes eran los buenos y quiénes los malos. Pero no entró nadie ni grandioso ni muy especial, sino que más bien pareció un tipo de ratoncito que se deslizó por la puerta, casi desapercibido, y sin nada de alarido. Y por supuesto nos pareció la mayor decepción, y seguíamos en nuestras peleas, y con nuestra lógica. Hasta los dioses no parecían ser más

que ineficaces y sin importancia.

Pero el que parecía un ratoncito por su manera casi apologética de entrar se quedó, y creció, y eventualmente a pesar de sus raras actividades diciendo ser enviado desde el otro lado de la puerta, terminó, el muy pretensioso, calculando mal el juego de las fuerzas en una típica escaramuza de los nuestros, y acabamos matándolo como a tantos otros. Si no hubiera sido él, habría tenido que ser otro, porque siempre que haya la necesidad de buscar una alianza, alguien termina siendo el enemigo conveniente que sella la reconciliación.

Y a partir de allí, seguimos con lo nuestro. No sabemos si él era del otro lado o no. Si lo era, lo único que demostró es que los del otro lado de la puerta juegan el mismo juego que nosotros, pero no tan bien.

Bueno, hasta aquí algo del contexto necesario para entender lo asombroso de las declaraciones que tenemos de San Pablo en varios textos. En primer lugar, vemos este texto, de la segunda carta a los Corintios:

17 De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas. 18 Y todo esto procede de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por medio de Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación; 19 a saber, que Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo, no tomando en cuenta a los hombres sus transgresiones, y nos ha encomendado a nosotros la palabra de la reconciliación. 20 Por tanto, somos embajadores de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros; en nombre de Cristo os rogamos: ¡Reconciliaos con Dios! 21 Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él.¹

O sea, Pablo ha sabido leer lo acontecido dentro de unos parámetros totalmente diferentes, y vale la pena cerciorarnos al respecto. Pablo está indicando que lo del ratoncito con pretensión no era sin más la continuidad del juego de siempre. Era más bien la interrupción extraordinaria, absoluta y definitiva de aquel juego. Y era más absoluta, definitiva e irreversible por haber sido llevado a cabo de la manera más absolutamente quieta y sin estruendo.

Pues lo que afirma San Pablo es que hubo algo así como una disfrazada invasión de nuestro juego. Que alguien de un poder tan grande que no es detectable por nuestras antenas, incapaz de ser rechazado por nuestros anticuerpos, invadió nuestro mundo y lo conquistó, y lo hizo sin que nosotros nos diéramos cuenta, y por mucho que seguimos intentando ignorarlo, y regresamos a nuestro juego, las reglas han cambiado por completo, y ya no hay marcha atrás.

Lo curioso aquí es que esta sensación de una invasión, de que se ha abierto una brecha desde otra parte y enarbolado la bandera de la victoria, no le viene a Pablo a partir de una visión mítica de otra parte, visión ésta que muy bien podría ser considerada como algún tipo de proyección, sino de una percepción netamente antropológica acerca de algo aquí, en nuestro medio, y como resultado de haber caído en la cuenta de lo aberrantemente extraño de su significado.

Lo que Pablo ha percibido es que había, por así decirlo, una densidad extraordinaria en el hecho de la ida a la muerte de esta persona concreta e histórica que fue Jesús. En otras palabras, el ir a la muerte de Jesús venía de una deliberación y de un sentido espacioso que delataban el "desde otra parte" que lo

¹. 2 Cor 5, 17-21.

originaba. O sea, utilizando sus propias palabras "Cristo crucificado, poder de Dios y sabiduría de Dios".

Por sabiduría no entendemos algo totalmente misterioso, sino algo de una densidad antropológica asombrosamente clara. Que Jesús al ir a su muerte había revelado la base antropológica por la cual construimos nuestras sociedades, mostrando que lo que típicamente hacemos, pensando que es necesario, un sacrificio, o el deshacernos de un malhechor, y así reconciliarnos, no es sino un asesinato, y al creerlo y al justificarlo, no estamos sino mintiendo, y presos de una mentira. Y que esto de exponer la mentira Jesús lo había hecho deliberadamente, sabiendo lo que estaba haciendo, y hasta explicándolo mientras lo hacía, sin que se entendiera hasta después.

Es decir, la sabiduría de Dios se revela en el desenmascaramiento de un comportamiento típico y rutinario nuestro que ocurre como siendo nuestro secreto sucio más bien escondido y disfrazado: que todo lo que nosotros llamamos gloria depende de la muerte, y de la muerte infligida derivamos sentido, cultura y seguridad, como también de todo lo asociado a la muerte huimos como pérdida, lugar de aniquilación y de vergüenza.

Para Pablo, entonces, había un sentido antropológico nada mítico en su comprensión de la sabiduría de Dios. Como también lo había en su comprensión del poder de Dios. No estaba hablando de ejércitos de otras dimensiones o cosas por el estilo, sino de la dimensión de la densidad de lo que había permitido a esta persona humana concreta, Jesús, realizar la hazaña de ir a la muerte de la manera deliberada y creadora con la cual lo había hecho. O sea, en cierto sentido, la pregunta que Pablo se estaba haciendo era esta: ¿qué tipo de fuerza es, qué clase de poder, el que capacita a una persona para

que pueda ser deliberadamente el perdedor dentro de una típica escaramuza victimaria nuestra, pero no solamente el perdedor, pues cualquiera puede perder, sino hacer de la pérdida una especie de show, de demostración de lo no último de un juego que típicamente vemos como definitivo? Y es más, ¿qué clase de poder es éste que hace de este ir a la muerte no una arma más en la guerra de los significados, no un acto de acusación contra los que lo victimaron, ni siquiera una acusación general proferida contra la raza humana, sino don para que pueda nacer otra manera de recibir sentido, recibir gloria, y estar juntos que no depende de la muerte?

Más aun, ¿qué tipo de poder es el que no tiene ninguna rivalidad con nosotros, con nuestros juegos de poder, y por esto está dispuesto a perder como si perder fuera asunto de indiferencia, (como muy bien lo podría haber hecho algún poder que sencillamente fuese tan grande que toda pelea nuestra no fuese más que un zumbido de zancudo), sino que esta falta de rivalidad no es sino la punta del iceberg de un bienquerer, de una benevolencia? Este tipo de poder, lo entiende muy bien Pablo, es un poder que no forma parte alguna del mundo de poderes que típicamente nos mueven. Este es el poder del propio Dios.

Podemos entonces comenzar a imaginar cómo fue que a partir de lo de la presencia estable, tranquila y viva en medio de nosotros de esta víctima crucificada, Pablo -como a su manera los otros miembros del grupo apostólico- desprendió el hecho de que fuimos invadidos y conquistados, la cuna y matriz de todo significado y cultura nuestra expuestas, y que este poder y sabiduría, auténticamente proveniente de otra parte, no nacidos de origen nuestro, era inquebrantable, y que el resultado de esta invasión, del que se hubiera establecido esta cabeza de puente en nuestro medio no nos dejaba sino con dos alternativas.

La primera, quedar dentro de lo que había parecido ser el mundo de la gloria y la cultura nuestra, con todos sus esplendores y fuerzas que dependen de la rivalidad, de la muerte y del significado que derivamos de nuestras guerras, pero con una nota aun más triste de lo que ya habían notado algunos de los poetas más avisados de la antigüedad, pues con una sensación subyacente de futilidad, de la vanidad de todo quehacer nuestro, pero sin poder salir de ellas, y además la sensación extraña de que algo llega y que va a socavar todo aquello, de modo que hay que defenderlo, aún a sabiendas de que vana es la lucha. Esta alternativa la llama Pablo quedarnos hijos de la ira.

Y la segunda alternativa, como señala Pablo, y es la columna vertebral de su griterío, es "Reconciliaos con Dios", o más bien "Déjense reconciliar con Dios" ya que el verbo que él emplea es pasivo en el griego. Y notemos por favor en qué términos hace su griterío. Él señala que Cristo fue la invasión y conquista de nuestro territorio, que ya ha ganado, y que los que aceptan rendirse ante este poder absolutamente avasallador llegan a convertirse en embajadores del otro poder, y se hacen, ellos mismos, extensiones del otro reino, otras tantas cabezas de puente en medio de esta realidad. Lo notable es que Pablo entiende muy bien que el hablar de reino, de rendirse, de embajador, todas palabras tomadas del mundo de poder que conocemos, es inadecuado, de modo que subvierte su propia retórica y habla en términos de suplicar, de rogar. Hasta los términos del anuncio de la victoria tienen que venir en ropa de mendigo para que entendamos bien de qué tipo más colosal de victoria estamos hablando.

La imagen que tengo en mente cuando oigo a Pablo decir "como si Dios rogara por nosotros" es la imagen del primo mendigo del encargado de estacionar los carruajes en un

baile de gala de aristócratas en el siglo dieciocho, mendigo éste que se esfuerza por entrar en el salón principal y gritar por encima de la orquesta y el chismorreo que les ha venido encima a todos alguna catástrofe que los va a afectar a todos, pero que tan sólo un mendigo y algunos de la servidumbre podrán entender la naturaleza de lo que acaece, y los demás serán incapaces de entender la explicación por no poder imaginar que la verdad pudiera provenir de semejante fuente, ni poder entender palabras arrojadas en tan incultos acentos.

Ahora bien, lo que quiero explorar un poco con Uds. es el hueco, el abismo, que hay entre el tipo de reconciliación que vimos primero como el sentido normal de la palabra, con toda su connotación de segundo lugar y este sentido que nace a partir del mendigo gritón. Pues la clave está en el paso entre un sentido y otro. O sea, dicho en otras palabras, ¿qué forma tiene el que nosotros, aristócratas en un baile de gala, nos descubramos convidados a algo mucho mayor, pero sólo si somos capaces de entender el convite que se nos hace y que proviene de alguien cuya alcurnia nos es motivo no tanto de dudas, sino más bien de desprecio?

Aquí hemos comenzado a entender lo absolutamente esencial en la visión paulina del Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo es aquella fuerza que proviene de aquél que ocupó el lugar de la vergüenza, de la aniquilación, de la muerte como si cosas de poca índole fuesen y no se dejó llevar por todos los espíritus, los vientos del sentido y de deseo, de imitación y de aprobación que nos hacen evitar como peste aquel lugar. O sea, el Espíritu Santo es la fuerza que es capaz de mover a partir de adentro, sin desplazar a la persona, manteniéndolo en el ser y en la existencia, sin depender de nada del mundo de significados que proviene del movimiento social típico nuestro.

Y este Espíritu Santo se caracteriza por una extraordinaria espaciosidad en medio de la turbulencia, pues como no proviene ni del miedo, ni de la necesidad, ni del odio, ni de la venganza, ni de la supervivencia, ni de ninguna de las fuerzas motoras de nuestra sociedad, hace que la persona que está movida por ella, y reconstruida por ella, comience a nadar espaciosamente en medio de la violencia sin que toda aquella violencia le infecte.

Un buen ejemplo sería el martirio de Maximiliano Kolbe, que al ir a su muerte en un campo de concentración, ofreciendo morir en lugar de un padre de familia, ocupó durante quince días el espacio de la muerte con una bizarría tal que una vez muerto él, hubo, según el testimonio de los sobrevivientes, un cambio profundo en el ambiente del campo, pues se había demostrado la permanencia de un poder mayor que aquel que desplegaban día y noche los guardias contra sus rehenes, poder frente al cual los guardias estaban sencillamente impotentes, y cuya mera presencia impedía que ellos dominasen y subyugasen efectivamente las imaginaciones de los presos.

Ahora bien, a tamaña espaciosidad nadie llega en un solo día. Ciertamente Maximiliano Kolbe no nació con semejante capacidad para ser embajador del otro poder, cabeza de puente del otro reino. Lo interesante para mí, y espero para Uds. También, es el proceso por cuyo medio alguien con fuertes inversiones en el mundo de significados, de aprobaciones, de honores del sistema que depende de ganar pase a ser embajador del otro mundo, o sea el proceso de conversión, entendida ésta como proceso de reestructuración del deseo.

Me pregunto si soy el único para quien este proceso es algo así como encontrarse chupado a través de una pared mientras buscaba correr en el otro sentido. Pero hay un

momento fatal en este proceso que es el momento de estar mitad en una tierra, mitad en otra, y por esto con el seguro conocimiento que es el otro imperio que ha ganado, pero que sin embargo, muchos de mis deseos y valores, sino todos, están formados por lo que ofrece este mundo, sus significados, aprobaciones y honores. Y con esto, viene algo así como una desgana. Pues esta desgana dice "fatalmente es lo otro quien va a ganar, no vale la pena luchar contra, pero mi corazón no está en su victoria, de modo que mejor busco hacer de una necesidad, una virtud".

El problema reside en que esta actitud del que tiene el corazón dividido, de buscar hacer de una necesidad una virtud, no es sino una forma de resentimiento del tipo que muy justamente criticaba Nietzsche, y tenderá a propagar una noción de reconciliación como algo resentido, como algo de perdedor. Lo que a mí me interesa es la manera en la cual el mismo Espíritu Santo que hace posible ocupar el lugar de la vergüenza también hace posible el descubrir la dicha del desengaño, el privilegio de encontrarse dentro del flujo de lo real, la desmerecida suerte de encontrarse como parte de un proyecto dentro del cual uno no sabe aún cómo va a terminar.

Creo que aquí estamos acercándonos a lo central, pues si la reconciliación es un asunto moral, para la cual uno tiene forzosamente que ser muy heroico, y que va a doler mucho, no importa si uno no tiene el corazón puesto en el asunto, lo importante es ser heroico, pero entonces siempre uno se va a quedar con la sensación de medalla de plata, de barro pintado con baño de oro. Lo que quisiera sugerir es algo diferente. El Espíritu Santo no es en primer lugar un impulsor de la ética a contra gana. Es el Espíritu Creador. Y lo de la ocupación por Jesús del lugar de la vergüenza, de la pérdida, de la muerte y de la aniquilación no fue en primer lugar para



ofrecernos un ejemplo de cómo comportarnos heroicamente. Sino fue la manera del Creador de todas las cosas abrir la posibilidad para que pudiésemos entrar en el sentido y flujo pleno de la Creación.

Es decir, y esto es lo curioso, aquella espaciosidad debe su grandeza no tanto a que es un colchón extra de recursos para que podamos realizar algo heroico aquí, sino porque nos está llevando hacia algo mucho más rico y divertido que aún no está aquí, y para el cual las peleas y los sentidos y las aprobaciones de aquí no son sino pequeñeces de las cuales conviene que nos desatemos para poder disfrutar más de lo que nos está llegando.

Con esto, lo de la búsqueda de la reconciliación viene siendo inflamada por otros fuegos. Y hay algo así como una profunda despreocupación por mí mismo y un deseo de reconciliarme con el otro porque sé que tanto él como yo seremos mucho más, y podremos disfrutarlos mucho más si estamos reconciliados. O sea, mi victoria pasa por su integridad y no por su destrucción. Junto con esto hay una sensación de lo inmerecido que es el que estemos participando de esta victoria, de lo afortunado de que a mí se me haya involucrado en esta aventura, y por esto de lo liviano, lo frívolo, lo ligerito que es la aventura, cómo si sin que me diera cuenta de ello, un pesaroso caminar se ha transformado en un esquiar acuático donde otro me está llevando, y donde a poco de esto, a mi sorpresa, comienzo a volar pues no sólo hay barco potente adelante, sino parapente por detrás.

Ahora, para llegar a esto, hay un cambio de perspectiva bastante extraña hacia un caer en la cuenta de una generosidad que quiere distraerme de mi ensimismamiento en una identidad demasiado chica, siempre defendida por contraste con otra persona o

grupo, hacia recibir una identidad que no me puede llegar a no ser en la medida en que deje que sea el otro que me da mi identidad. En otras palabras, voy descubriendo que el otro no es obstáculo para mi llegar a ser, sino su posibilidad, y por eso es que la reconciliación no es un segundo premio, una vez aceptado que no voy a llegar a ser lo que quería, sino más bien es la única manera de llegar a ser, y hasta a querer ser, algo mucho mayor de lo que puedo imaginar.

Esta generosidad, la misma generosidad que ocupó el lugar de la vergüenza para que aprendiéramos a no temerlo, comienza a incitar en nosotros la extraña sensación de que una victoria mía sobre alguien sería para mí una derrota, porque no habría alcanzado, ni saboreado, todas las posibilidades que me ofrecían el florecimiento del otro, y que me llevarían a un florecimiento mío mucho mayor. O sea, estaría aprendiendo que la palabra "reconciliación" más bien que ser una exigencia ética sin más es la manera por la cual nos llega el ser creados, vista y entendida nuestra triste condición de vendernos demasiado barato y quedarnos con identidades forjadas por contraste, y por esto hadadas a un círculo de mutua reducción a la negatividad.

Esto es lo sorprendente: que no tenemos acceso al ser creados que no pase por la reconciliación. Y el ser creados es aventura, deleite, irresponsabilidad, pues no somos los primeros responsables, es ligereza, seguridad inmerecida, dicha y suerte. Y junto con esto viene una grandeza de alma, una magnanimidad casi juguetona, pues confiada, que ha descubierto que, muy a pesar suya, no hay victoria más bella que el mutuo enriquecimiento de los que no temen perderse en el otro, pero saben que del florecimiento del otro provendrá su propia capacidad de ser y disfrutar de lo que verdaderamente ha de ser de todo corazón.

Les pido, en las deliberaciones que estamos iniciando, no descarten por completo la graciosa espaciosidad de los que caen en la suerte de haberse descubierto seguros dentro de la vertiginosa aventura de la creación, y cuya recepción de un corazón inflamado pasa desvergonzadamente por la búsqueda de la reconciliación.

